



EL FOCO

El periodismo y la (in) decencia

EDURNE PORTELA

Cada vez más personas prefieren no informarse. La impotencia paraliza. Pero cuando nos informamos, debilitamos a quienes nos quieren anestesiados y ajenos a lo importante para aumentar su capacidad de manipulación

El bombardeo de Gernika el 26 de abril de 1937 por parte de la Legión Cóndor de la Alemania nazi y la Aviación Legionaria de la Italia fascista no fue solo un acto de violencia terrible, también se convirtió inmediatamente en una batalla por dominar el relato —lo que ahora llamamos 'fake news' no es nada nuevo—. En torno a esa atrocidad, surgieron dos relatos: uno que partía de los hechos y otro que se los inventaba con motivos políticos y propagandísticos. Por un lado, la crónica de George Steer, corresponsal de 'The New York Times' que es testigo ocular de la aniquilación de Gernika, recoge los hechos y los narra detalladamente: señala que fueron tres horas y cuarto de bombardeo, que aviones alemanes —Junkers y Heinkels— arrojaban bombas y proyectiles incendiarios, que ametrallaban a las personas que huían despavoridas.

Así narró el desenlace de la destrucción: «Primero, granadas de mano y bombas pesadas para espantar a la población, después, los ametrallaban para que permanecieran en los refugios, y, finalmente, harían uso de grandes bombas incendiarias para destruir las casas y quemarlas con sus ocupantes dentro». Por otro lado, después de que se publicara esta crónica de George Steers que escandalizó al mundo, periódicos franquistas como 'Diario de Burgos' el 29 de abril o 'Abc' de Sevilla, un mes después, aseguraban que «los rojos» o «los separatistas» habían incendiado el pueblo emblemático vasco y desplegaban titulares sensacionalistas como «Barbarie marxista en Guernica». Entonces, como ahora, el papel del buen periodismo en el momento de los hechos fue fundamental para que, desde el momento del bombardeo, quedara una crónica fidedigna de lo ocurrido que luego se fue ampliando con los testimonios de las y los supervivientes.

Pensaba en estas cuestiones mientras leía un libro pequeño en tamaño pero grande en ideas de la periodista Patricia Simón: 'Narrar el abismo: Periodismo de conflictos en tiempos de impunidad' (Debate, 2025). La autora lleva veinticinco años cubriendo conflictos bélicos y sus secuelas por todo el mundo: desde Guatemala a Mali, desde Sudán a Gaza o Irak. Para Patricia Simón cubrir una guerra no significa simplemente ir, documentar y narrar —que ya es mucho—, también significa estudiar, reflexionar, analizar, intentar extraer conclusiones sobre el ejercicio de la violencia, el dolor que produce, el impacto en la vida de las comunidades que la sufren. La periodista se hace preguntas éticas de calado sobre su función y la de su profesión que atañen, sobre todo, a cómo narrar el horror en tiempo real, cómo proteger a los testigos de los peligros que entrañan las denuncias de las violaciones de derechos humanos y del propio do-

lor al narrarlas.

Este libro explora seis razones para el ejercicio del periodismo y todas giran en torno a los objetivos de la narración periodística: narrar contra el olvido, para entender, para hacer justicia, para existir y narrar para construir la paz. El libro es un reconocimiento de «nuestro fracaso como periodistas a la hora de sembrar en la ciudadanía una cultura de derechos humanos y de paz». Pero al mismo tiempo, cada historia que cuenta Patricia Simón nos da un ejemplo «del poder del tes-

timonio en contextos de impunidad». A pesar de ese fracaso que reconoce la autora, el periodismo con un enfoque en los derechos humanos ha sido y sigue siendo imprescindible.

Simón analiza la guerra como sistema cultural que no comienza con el combate de las armas, sino en la construcción de un relato que justifica la violencia. En ese camino a la guerra que está plagado de mentiras, el periodismo tiene una labor fundamental: primero, ha de ver qué se esconde detrás del lenguaje de los poderosos, detrás de la deshu-

manización de los «enemigos». Una vez consciente de ese uso mentiroso y eufemístico del lenguaje en el que ya reside la violencia, el periodista deberá llamar a las cosas por su nombre. Como bien señala la autora, «cuando el periodista emplea los vocablos que engrasan la maquinaria bélica, se degrada para convertirse en propagandista. El propagandista se convierte en un altavoz, en trasmisor del odio y, por tanto, cómplice de la violencia que comienza con las palabras y puede convertirse en guerra y genocidio».

En esta labor periodística, el testimonio de supervivientes de violaciones de derechos humanos es imprescindible y, al mismo tiempo, Patricia Simón se plantea importantes cuestiones éticas que surgen después de haber hecho cientos y cientos de entrevistas de este tipo. Lo que cuenta cada víctima es, en buena medida, lo que cuentan todas: violaciones, torturas, asesinatos de seres queridos de las formas más brutales. Esta repetición del horror entraña el peligro de que la periodista sienta que eso ya se lo han contado antes: «cuando ocurre» —reconoce Simón— «es hora de guardar la grabadora y descansar para ver si la disonancia es fruto del cansancio o si, definitivamente, estamos invalidados para seguir desempeñando nuestra labor como periodistas».

La escucha individualizada, la empatía con cada una de las víctimas es la esencia misma de su profesión: cada víctima entrevistada es única y su dolor incomparable, a pesar de que la violencia se inscribe en los cuerpos de forma similar en todas las latitudes arrasadas por la guerra. La clave está en contar desde la singularidad de cada daño y, a la vez, «trascender lo individual para identificar las causas y a los responsables del sufrimiento colectivo». Todo menos normalizar la violencia, aceptar que la muerte, el hambre, la violación de derechos humanos son un destino natural o una catástrofe.

Cada vez hay más personas que prefieren no informarse, a veces por falta de empatía, a veces por exceso.

La impotencia paraliza y sentimos que nos hemos convertido en meros «repositorios del dolor». Pero como bien explica Patricia Simón, informamos y seguir sufriendo por las víctimas de las violaciones de derechos humanos es una «forma de defender la democracia; de blindar nuestra humanidad; de sujetar un hilo invisible con el resto de los seres humanos, de decirles que sabemos que existen y que nos importan». Cuando nos informamos, debilitamos a «quienes nos quieren ignorantes, anestesiados y ajenos a lo importante para aumentar su capacidad de manipulación y, por tanto, su poder e impunidad». Patricia Simón nos deja un mensaje poderoso en estos tiempos de mentiras y de falsos periodistas indecentes al servicio del odio.



ILUSTRACIÓN BEA CRESPO

En el bombardeo de Gernika, el buen periodismo en el momento fue fundamental para que quedar una crónica fidedigna de los hechos